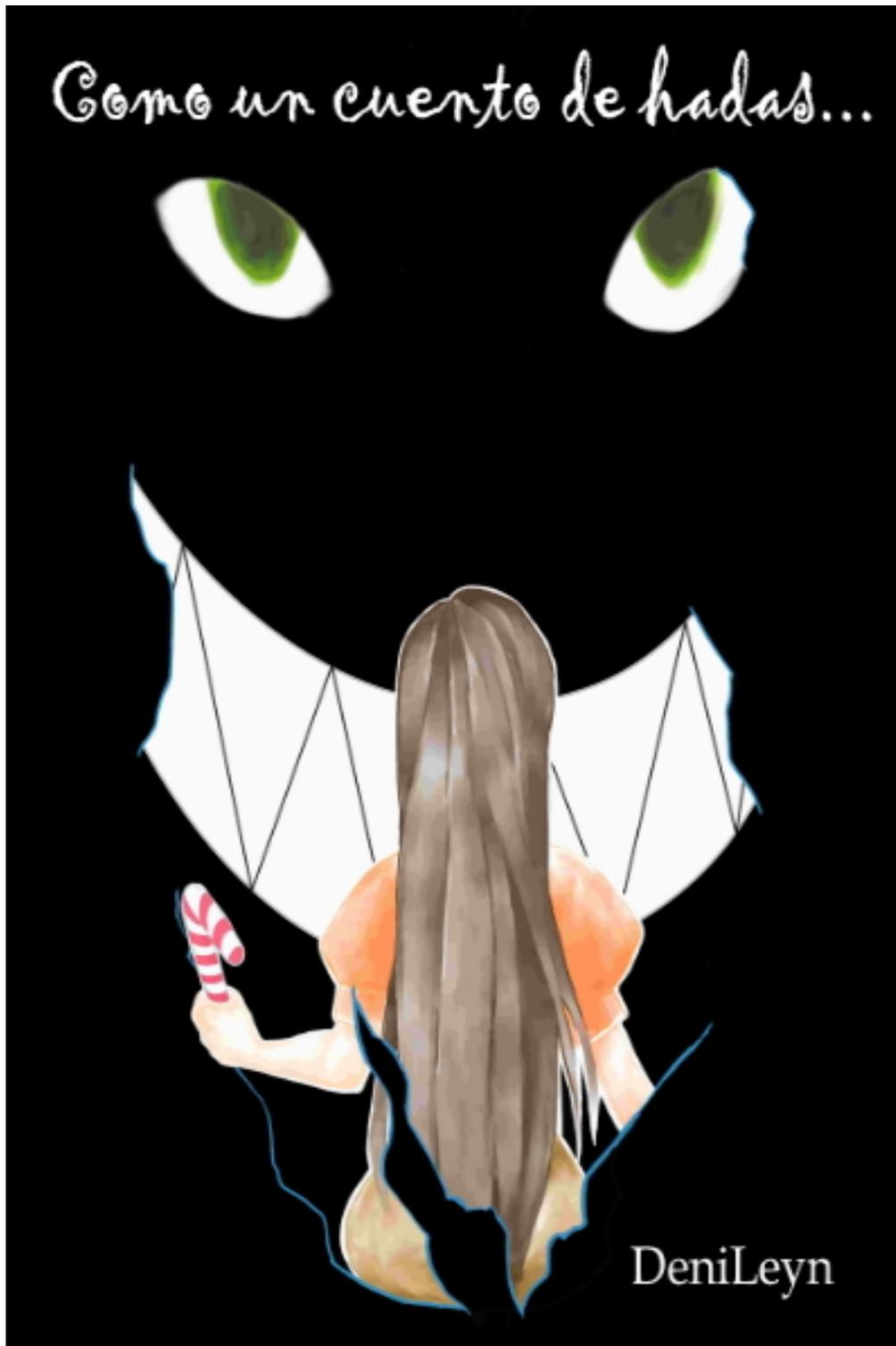


Como un cuento de hadas... (+16)

Deni Leyn



Capítulo 1

Capítulo Uno: La Bella Durmiente

Un día como cualquier otro, el sol radiaba con fervor y el cielo celeste se dejaba contemplar. Algunas nubes hacían presencia. Era más que seguro que la tormenta no haría de las suyas por el momento. Un día perfecto. Al menos eso se pensaba...

Una adolescente, cumplido los dieciséis años, asistía al colegio a la hora puntual. Sus calificaciones eran buenas. Sus amistades eran envidiables, al igual que su vida: hija de padres ricachones. ¿Quién no quisiera tener esa vida? ¿Quién no quisiera tener una amiga como ella? ¡Vamos! Todos hemos soñado o pensado alguna de las dos preguntas, nadie puede negar eso. Y si lo hiciera, es un mentiroso. Cuando hay dinero, todos vamos hacia él.

—¡Ya me voy! —avisó la chica de cabello rubio como el oro.

—¡Qué tengas buen día! —dijo el padre, quien estaba leyendo el periódico en la cocina.

—Ten cuidado afuera —comentó la madre, lavando los platos.

Una vez fuera de la casa, Talía fue en dirección a la parada del autobús, sin prisa alguna. Sacó su celular del bolsillo de su bolso y revisó los mensajes que iban llegando de sus amigos (si es que se pueden considerar amistades, puesto que ninguno de ellos estaría presente en el hospital). Respondía uno en uno, observando de vez en cuando por dónde caminaba. A una calle de la parada, no se había despegado del aparato en ningún momento. Ni siquiera cuando tocaba cruzar la calle. ¿Quién hubiera pensado que solita se condenaría al sueño eterno?

La ambulancia llegó como si el mismo Flash la condujera, la subieron a la camilla con sumo cuidado y fueron rumbo al hospital. Los padres fueron informados del accidente y uno de los doctores les formuló una serie de preguntas respecto a su primogénita. Como tipos de alergias, algún tipo de enfermedad que padeciera, y esas cosas.

Como se dijo antes, ninguno de sus amiguitos se presentó al establecimiento, mucho menos cuando supieron de la noticia. ¿Grandes amigos? ¡Por supuesto que sí! Cuando conviene.

Una tarde, el doctor King tenía anotado en su agenda VISITAR A LA PACIENTE BASILE, la joven que yacía dormida en la camilla del hospital gracias a su mal uso de la tecnología que llevaba en sus manos en vez de

cuidar su propia vida. Terminó de ingerir los alimentos de la cafetería, que consistían en una taza de café cortado y unas tostadas, guardó su celular en el bolsillo izquierdo de su bata blanca y fue rumbo al segundo piso, tomando el ascensor, y buscó la tercera habitación.

El profesional ingresó al cuarto y conoció, una vez más, a la bella durmiente en persona. Se acercó y comenzó a chequear su cuerpo, procurando que todo estuviera en orden después de aquel accidente. A pesar de tener algunos huesos fracturados y sus ojos ocultos por sus párpados que no iban abrirse por mucho tiempo, posiblemente nunca, su poesía nunca desaparecería. Acabado su labor, anotó en el expediente clínico, que se encontraba en el pie de la cama, el estado de la paciente. Pero no acabó ahí mismo. La lujuria lo jugó en contra, descargando su apetito voraz en la pura e inocente alma.

Pasados los meses, el vientre de la muchacha no dejaba de crecer con el paso del tiempo. La examinaron, pensando que podría tratarse de un bloqueo gástrico, hasta que uno de los doctores se le ocurrió determinar un posible embarazo... y fue así. Recordando su llegada al establecimiento y la declaración de los padres, su cuerpo no había demostrado un índice de haber tenido contacto masculino. Era como llegar virgen al altar, salvo que en esta ocasión era a una cama del hospital.

Cumplido los nueve meses, dio a luz a dos niños, un varón y una mujer, y estuvieron bajo el cuidado de las enfermeras y doctores mientras que la madre continuaba en su letargo, del cual no despertó jamás.

En la verdadera historia, sí, La Bella Durmiente fue visitada por un Rey que depositó su semilla dentro de su ser. También es cierto que dio a luz a dos gemelos, varón y mujer, quienes la rescataron de su letargo al extraerle la espina tras confundir su dedo con el pezón. Y también es cierto que los cuatro vivieron felices para siempre (a pesar de que la esposa del Rey quería vengarse, dándole de comer a su esposo los restos de los niños en la cena y quemar a la princesa).

Es una pena que esta pobre chica y sus pobres niños no corrieran la misma suerte.

Capítulo 2

Capítulo Dos:

Hansel y Gretel

Los niños conocieron por primera vez el orfanato, donde permanecieron siete años hasta que dos adultos, que no podía engendrar hijos por la cruel esterilización, adoptaron a ambos y, por primera vez, conocieron el significado de «mamá» y «papá».

Sin embargo, la felicidad no duró mucho, pues al cumplir los diez años de edad, debido a la carestía que sufría el país, sus padres perdieron el empleo y no era sencillo conseguir otro. La comida apenas alcanzaba para el día y la noche. Apenas había ropa sana y limpia para vestir. Estaban cayendo en la pobreza poco a poco.

Los pequeños salieron a trabajar a la calle, pidiendo limosna mediante trabajos como limpia parabrisas y cuidadores de coches, trabajos *menores*. ¿Y los padres? Ninguno de ellos hacía lo que sus hijos, al contrario; los papeles se habían invertido.

Una noche de invierno, la madre le propuso a su marido dejar a los niños en las calles de la ciudad, donde la delincuencia reinaba. Tal y como la mujer lo quería; dejaron a los niños a kilómetros de la vivienda, con un trozo de pan cada uno, prometiéndoles regresar a por ellos una vez tuvieran el dinero necesario para ir a casa los cuatro juntos.

Esperaron. Y esperaron. Y esperaron.

El sueño los venció. Pasaron la noche bajo la luz de la luna y siendo abrazados por el frío viento de aquella estación del año.

El primero en abrir los ojos fue Hansel, encontrándose con una gran sorpresa. Él, junto a su hermana, yacía en una cómoda y abrigadora cama grande. No solo eso... ¡Estaban en casa! ¿En casa? Pero si ellos ya no tenían buenos muebles, menos una sana y limpia cama, sobre todo de ese tamaño. Tampoco tenían lámparas para iluminar el cuarto. Había más, algo que extrañaban con todo su ser: ¡El exquisito aroma a comida!

—¡Gretel! ¡Despierta! —exclamó alegre el pequeño, zangoloteando a su gemela.

La pequeña frotó sus ojos con sus manitos, y en sus fosas nasales no tardó en llegar aquel aroma.

—¡Comida! —dijo ella, saliendo rápido de la cama, seguida de Hansel, y bajaron las escaleras con prisa, sin detenerse a observar cada extremo de la vivienda.

Siguieron el olor y llegaron al comedor. Arriba de la mesa había montones de delicias, entre ellas, destacaban más las golosinas (caramelos, chocolates, bocaditos, y demás). Sin dudar mucho, Hansel y Gretel tomaron asiento y comenzaron a devorar todos los platillos. Pobres criaturitas. Pasaron hambre por mucho tiempo.

—Pobres almas —comentó una señora que provino de la cocina, sin que ellos lo notaran al estar tan concentrados en ingerir los alimentos. Asustados, alejaron sus manitos de la comida y sus cuerpos de la mesa—. Oh, no teman. Coman lo que deseen, necesitan estar fuertes —dijo serena.

—¿Lo que deseemos? —preguntó Hansel, estupefacto.

La señora dibujó una sonrisa en sus arrugados labios y asintió.

—¡Muchas gracias! —exclamaron los hermanos y regresaron a la mesa.

—Pueden quedarse aquí conmigo —añadió la desconocida—. Los cuidaré y alimentaré hasta estar gorditos como los cerditos.

Hansel era carne y huesos antes de conocer a esa amable señora, ahora no es más que un cerdito de granja, apenas podía hacer algún esfuerzo sin cansarse.

Gretel, al igual que su gemelo en el pasado, aumentó unos kilos, casi rellena, pero no estaba en tan malas condiciones como Hansel. Aún podía moverse. Y por más que la anciana le ordenara seguir comiendo, ésta se negaba e intentaba parar a su hermano cuando excedía, pero no le hacía mucho caso.

Casi al amanecer, Hansel fue despertado por la adulta.

—Mi niño, mi niño —repetía ella—. Necesito que vengas conmigo un momento, hay algo que quiero mostrarte.

—Tengo sueño —dijo el pequeño, somnoliento—. ¿No puede ser más tarde o decírselo a Gretel?

—Más tarde le tocará. Vamos, acompáñame —ordenó calmada, intentando poner de pie a Hansel.

Ambos caminaron en dirección a la puerta principal. La anciana ayudó al niño a subir al asiento trasero del vehículo y le colocó el cinturón de

seguridad, ella fue al asiento del piloto y puso en marcha el motor. Gretel quedó sola, durmiendo cual ángel.

Hansel nunca pensó que ese sería el último día que estaría con su hermana. Conoció el verdadero miedo y el verdadero dolor cuando esos hombres lo amarraron como animal y lo disecaron como si fuera un oso polar que acabaría siendo una alfombra y venderían sus entrañas al mejor postor.

Mientras tanto, Gretel buscaba a su gemelo por toda la casa, habitación por habitación. Incluso gritaba su nombre a lo alto, pero la respuesta que le fue dada era el silencio. Alguien había entrado a la casa por la entrada principal, corrió hacia ella pensando que podía tratarse de él, pero no era nada más que...

—Mi niña, ¿por qué tan pálida y exhausta? —preguntó la anciana, agachándose hacia ella para estar a su altura.

—¿Dónde está mi hermano? —interrogó Gretel asustada. Miró una mancha roja en la ropa de la recién llegada, apuntó con su dedo índice mientras se alejaba—. E-eso es... ¡Sangre! ¡¿Dónde está Hansel?! ¡¿Qué le hiciste, vieja bruja?! —exclamó.

Gretel, a comparación de su hermano, nunca tuvo cierta simpatía con la desconocida cuando llegaron a su casa, algo en ella le aterraba y quería correr como si estuviera en la fábula de *La liebre y la tortuga*, con la diferencia de que corría por su vida.

—Los invito a quedarse bajo mi techo ¿y así es cómo te diriges a mí? —dijo, incorporándose y acercándose como una fiera hacia su presa—. Iba a ser piadosa contigo, pero ahora... —Estaba cada vez más cerca— ¡Irás a mi estómago!

La niña era más rápida que la anciana, consiguiendo esquivarla y encerrarse en la cocina. Buscó entre los cajones cómo defenderse y empuñó un cuchillo de carne; encendió el horno y aumentó el calor de las llamas. Se ocultó en el lado derecho de donde estaba la puerta, pegando su espalda contra la pared, esperando a que el enemigo entrara e insertarle el arma blanca directo al vientre dos veces... y así ocurrió. La anciana llevó sus manos hacia la herida con la intención de parar la hemorragia, Gretel hizo que la siguiera para empujarla hacia el horno y dejar que el fuego la abrasara. La bruja gritó desesperada y de agonía, y eso para la menor era más que placentero.

Todo acabó.

Observó sus pequeñas manos y su vestimenta, manchadas de sangre, la sangre de aquella bruja. Corrió de inmediato al cuarto de baño, se

despojó de sus prendas y lavó todo su cuerpo con rapidez y fuerza, como si tuviera asco de ese líquido rojo que tenía encima. Sin nada puesto, fue hacia el dormitorio y vistió lo primero que encontró.

Antes de irse de la casa, agarró una bolsa de basura y guardó los alimentos en ella. El olor de la carne humana inundó sus fosas nasales, provocándole náuseas y arqueadas pero se resistió en vomitar.

La pequeña Gretel no sabía que los alimentos tarde o temprano se echarían a perder. Otra vez pasó por hambre.

Retornó a su labor: limpia parabrisas y cuida coches. Ganaba poco, con suerte llegaba a tres pesos por día (o semanas). Para calmar su hambre, saqueaba los contenedores de basura de los restaurantes, si bien el olor y el aspecto de la comida no eran de su agrado, los ingería de todos modos. Con el tiempo fue acostumbrándose a su nueva vida. Pero por las noches lloraba.

Capítulo 3

Capítulo Tres:

La Caperucita Roja

Gretel cumplió los trece años. Su aspecto físico no era el correcto, poco a poco iba convirtiéndose en puro huesos. Pero ya no estaba sola y tampoco triste...

—Roja, vayamos al columpio —propuso Gretel a la muchacha que traía un manto de color rojo sobre su cabeza.

—Pero debemos seguir con el trabajo —comentó Roja—. Los coches no se cuidan solos.

—Tampoco tienen vida —añadió Gretel.

—No. Pero dependemos de ellos —recordó la chica de rojo.

—Y nos pagan una miseria. ¿Qué diferencia haría en ir al parque ahora?
—Tomó a su amiga del brazo y la arrastró en dirección hacia el parque—. Se vive una vez. ¡Diviértete ahora!

Gretel conoció a Roja (nombre que ella misma le dio, pues nació sin uno) a los once años (ambas tenían la misma edad), en la basura de un restaurante carísimo, buscando lo mismo: algo que comer. Al principio no se dirigían la palabra, sólo tomaban lo que necesitaban. Cuando Roja había acabado de recolectar lo suyo, salió corriendo a toda prisa, provocando que el manto se le cayera de la cabeza, y Gretel la detuvo gritando «*¡Tu manto!*!». Desde entonces, ambas convivieron para no estar solas nunca más. Y la razón del porqué aquella niña usaba una caperuza, era para ocultarse de la cruda realidad que estaba viviendo y para ocultar su apariencia al mundo. Actualmente sigue usándolo a pesar de estar acompañada por Gretel, quien no estaba muy feliz de ver a su amiga de ese modo, más cuando era un ser viviente hermoso, al menos para ella.

Llegado al parque, para su suerte, deshabitado, corrieron hacia los columpios, ambas subieron al mismo tiempo y comenzaron a balancearse con fuerza, sonriendo y riendo. Minutos más tarde, la chica de rojo detuvo el movimiento de sus piernas...

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Roja, desanimada—. En nuestras condiciones... Nadie como nosotras dura mucho, a comparación de las otras clases.

Gretel también se detuvo, apoyando sus pies sobre la arena, y miró a su amiga.

—Nunca pienso en eso —responde—. Sólo vivo. Aprovecho los segundos, los minutos, las horas y los días de mi vida. Es triste, lo sé. Pero es peor pensar cuánto tiempo te queda en vez de aprovecharlo. ¿Sabes? Nunca pierdo las esperanzas de que algo o alguien nos ayude, y eso me da fuerzas para seguir adelante.

—Gretel... —musitó, asombrada por las palabras de su amiga. Sonrió y agregó—: Por eso eres mi ídolo.

Una semana después, las chicas continuaron con su trabajo y ganaron una miseria como cualquier otro día. Incluso, fingían sorpresa con esa cantidad de dinero, como excusa para mantener el ánimo y seguir haciendo la misma rutina una y otra vez.

En la mañana, un desconocido joven, con un poco de barba y vistiendo ropas desgarradas y sucias como ellas, se acercó...

—Buenos días —saludó con suma confianza—. ¿Cómo las trata la vida?

—¡Uff! De maravilla —Gretel fue sarcástica—. ¿Y tú eres?

—Me llaman *Lobo* —se presentó.

—¿*Lobo*? —inquirió Roja, curiosa—. Nunca oí de ti. —Miró a su amiga—. ¿Tú, Gretel? —Ésta negó con la cabeza.

—Tampoco dije que soy famoso —comentó *Lobo*—. Me he presentado, creo que deberían de hacer lo mismo. No muerdo. —Esbozó una sonrisa.

—Gretel. —Se señaló a sí misma—. Roja. —Señaló a su acompañante.

—Es un placer, damas —dijo el joven, haciendo una reverencia, gesto que le pareció burlón a Gretel.

—Y ¿se te ofrece algo? —Desde que Gretel tuvo esa experiencia con la vieja bruja, ya no se atreve a confiar en los desconocidos, al menos no en los mayores, por lo que ha decidido dirigírseles fríamente.

—Quiero ayudarlas —fue directo y ambas lo miraron sorprendidas—. Yo pasé lo mismo que ustedes, hasta que encontré otro camino.

—Y ese camino es... —dijo Gretel, esperando a que el desconocido completara la oración.

—Vengan conmigo y se los mostraré.

—¡Ja! Ni creas que vamos a seguirte —comentó ella, casi riendo.

Pero Roja...

—¿Ayudarnos? —preguntó, emocionada—. ¡Gretel! ¡Puede que este chico sea lo que tanto necesitamos!

—No —respondió Gretel—. No voy a confiar en un desconocido que es mayor que nosotras.

—Pero yo sí —desafió Roja y se acercó al joven—. ¿En serio nos ayudarás? —Éste le asintió, sin borrar aquella sonrisa que inspiraba confianza—. Quédate aquí, Gretel. Ya regreso.

—¡Iré contigo! —exclamó y fue donde ella—. Como si te dejara sola con un completo desconocido.

Sin más que añadir, los tres comenzaron a caminar; *Lobo* era el guía. Roja abrazaba a Gretel por el brazo, con fuerza y con una expresión llena de alegría. No la culpaba, para nada. Comprende su estado emocional; tanto que ha padecido y por fin conoce a alguien dispuesto a ayudar, cualquiera estaría como ella.

La caminata fue larga hasta el punto de alarmar a nuestra protagonista. Sin embargo, esa preocupación se esfumó cuando llegaron a un supermercado y entraron al aparcamiento, siendo cuidadosos con los vehículos que estaban en movimiento. Se detuvieron por órdenes del joven.

—Allí. —Señaló a una señora mayor que estaba guardando sus compras en su auto. Las chicas la observaron y no comprendieron a lo que *Lobo* se refería—. Todo lo que tienen que hacer es agarrar la bolsa que contiene comida y correr hacia la salida —explicó—. Yo la distraeré.

—¡Eso es robar! —exclamó Gretel—. No, no haré eso.

—En la vida, uno tiene que hacer cosas horribles para sobrevivir si nadie pone su grano de arena. He ahí el porqué existe la delincuencia.

—Puedo hacerlo por ti —propuso Roja—. Ellos también son delincuentes aunque quieran ocultarlo.

—No robaremos. Tiene que haber otra posibilidad de...

—¿Qué posibilidad? —interrumpió su amiga—. ¿Cuánto más vamos a esperar esa ayuda que dices? Conocemos a este hombre y nos muestra

una posibilidad de seguir con vida: quitándoles a los que más tienen. —La voz de Roja sufrió un quiebre, como si estuviera a punto de llorar—. Tengo hambre, Gretel. También tú. Yo... yo ya no puedo seguir de este modo. Buscamos trabajo en todos los locales y siempre nos echan por nuestra apariencia.

El estómago de ambas gruñó y posaron sus manos sobre sus vientres. Gretel miró una vez más a la anciana, a quien le quedaban tres bolsas por guardar, y volvió hacia Roja, quien tenía una mueca llena de enfado y tristeza a la vez. Suspiró resignada y accedió llevar a cabo la fechoría.

Primero, *Lobo* se aproximó a la mujer, le sacó plática sobre cómo llegar a determinado lugar y qué atajos tomar para acortar camino y la alejó del vehículo para que le señalara el recorrido cuando las dos chicas estaban a pocos metros de su objetivo. Hecho el plan, corrieron lo más rápido que sus piernas les permitieron y llegaron a la salida del establecimiento.

Pararon en un callejón y recuperaron el aliento, sin preguntarse dónde estaba aquel desconocido.

—Esta comida... —dijo Gretel a lo bajo, inspeccionando la bolsa—. ¿Latas?

—La comida enlatada dura mucho —comentó Roja—. ¡Estamos salvadas!

—¡Acabamos de robarle a una pobre anciana! —exclamó Gretel.

—Una anciana que tenía aspecto de vivir lujosamente.

—Creí que no te agradaba criticar a alguien por cómo viste —dudó la castaña—, así como nos lo hicieron a nosotras.

La caperuza no opinó, sólo guardó silencio y examinó las descripciones de los alimentos. Gretel hizo lo mismo.

Roja no era una mala persona, para nada, pero le tenía rencor a la sociedad, a todas las personas que criticaban a los que menos tenían en vez de aportar esfuerzo de su parte para ayudar. «¡Mira a ese pobre infeliz!», «Parásitos como estos deberían de ser exterminados», «¡Muerto de hambre!», «¡Búscate un trabajo y deja de dar lástima!», eran unas de las ofensas que escuchaba todos los días. Era mucho más fácil insultar al otro que intentar hacer algo por su bien, ¿cierto? Quizás por eso no dudó ni un momento en querer quitarle la comida a aquella señora...

No han vuelto a ver a *Lobo* en días, y tampoco volvieron a repetir aquél acontecimiento del supermercado, algo que Gretel agradeció en silencio, sobre todo a Roja, por no tocar el tema. La comida enlatada les duró lo suficiente y continuaron con su trabajo sin tener que pensar «¿Qué

comeremos?».

—Chicas como ustedes merecen la mejor marca de ropa —comentó una voz que les resultó familiar—. Puedo ayudarlas con eso.

—¿Otra vez tú? —inquirió Gretel, con disgusto.

—Gracias a mí no estás muriendo de hambre como antes. —*Lobo* se ofendió.

—Muchas gracias por ayudarnos —dijo Roja, amablemente.

—Noto que no te despegas de ese manto rojo —fue observador—. ¿De familia?

—Es personal —explicó la caperuza, con voz serena.

—Vengan conmigo. Iremos de compras —ordenó *Lobo*, sin borrar esa sonrisa que transmitía confianza, al menos en Roja.

Como era de esperar, Gretel se rehusó en seguirlo. No hacía falta ser adivino para saber a lo que se refería. Pero volvió a repetirse el acontecimiento; Roja estaba dispuesta a acompañarlo y Gretel se vio obligada a ir para no dejarla sola con un completo desconocido.

Al llegar a un local de ropa muy caro (al menos para ellas), Gretel observó al joven con una mirada extrañada y dijo:

—Dime, genio. ¿Cómo piensas hacerlo esta vez? No es como si nos dejaran ingresar al sitio con esta apariencia que tanto les repugna.

—Roja —la llamó—. Aprovecha ese bello manto que traes y consigue ropas de sus tallas.

—¡Oh, no! ¡Eso sí que no! —exclamó Gretel, enfadada. La tomó del brazo y se alejaron—. No vas a hacerlo.

—Gretel, espera —ordenó Roja y se detuvieron, mirando la una a la otra—. Sé que no te gusta robar, te conozco. Pero, lo necesitamos.

—¿Te estás escuchando?! —gritó.

—Sí —afirmó—. Soy consciente de cada palabra, así como soy consciente de la realidad que afrontamos día a día. Lamentablemente hay que hacerlo, tenemos que aprender a quitarles a los que más tienen. ¿Qué otra alternativa nos queda? ¿Trabajar como limpia parabrisas y cuidar coches a pesar de que el dinero no es lo justo y necesario? Ellos tienen

todo y nosotras... ¡Nada!

—Roja...

—¡No, Gretel! Necesitamos lo mismo.

—¿Qué sigue? ¿Robarás también una casa?

—No. Sólo comida y ropa.

La castaña posó los ojos sobre *Lobo*, quien contemplaba la disputa con mirada seria y cruzado de brazos, apoyado contra la pared. Para ella, era como ver a un auténtico lobo a la espera de que sus ovejitas lo siguieran para comérselos. Un escalofrío recorrió su médula espinal y volvió hacia su amiga, a quien sólo conocía físicamente sus labios, con los que podía descifrar sus expresiones, como ahora que estaba sumamente seria y esperaba la respuesta de la joven que conoció en un contenedor de basura hacía dos años y ahora la consideraba su amiga. Si tan sólo recordara cómo era ella sin su manto...

Soltó su brazo y le pidió, no, le ordenó regresar de una pieza. Roja se acercó a *Lobo* y hablaron del plan, mientras que Gretel se limitó a observar y rezar por su seguridad.

Era como si el tiempo lo controlara una tortuga, la caperuza estaba tardando mucho en aquel local. Gretel estaba comiéndose las uñas; por qué tardas tanto, pensó. Cansada de esperar, fue rumbo hacia el lugar, pero fue detenida por *Lobo* al sujetarla del brazo.

—¡Suéltame! —ordenó furiosa, intentando zafarse del agarre—. ¡Iré a buscarla, lo quieras o no!

—¿Para qué? —preguntó él, serio—. No necesita que alguien vaya a por ella, porque ella viene hacia nosotros.

Efectivamente, Roja había logrado su tarea.

Al cabo de un año, con tan sólo catorce años de edad, las chicas imitaron a Robin Hood; les robaron a los de clase media y alta. Comida y ropa, tal y como juraron. Con la diferencia de que lo hacían para beneficio propio. ¿Y *Lobo*? Él iba a visitarlas de vez en cuando, al menos a ambas las veía a la luz del día, pero en la noche...

—¿Y esta vez a dónde iremos o qué haremos? —preguntó la caperucita, tomando de la mano a su compañero.

—No estoy muy seguro —dijo—. ¿Tú qué dices?

—¿Quieres ir al parque? —propuso la joven.

Lobo aceptó.

Por las noches, el parque de la ciudad era alumbrada por los nuevos faroles que habían instalado hacía algunos años, haciendo que el lugar tuviera un ambiente romántico. El césped verde siempre estaba muy bien cuidado, los árboles también estaban en perfectas condiciones. Los bancos, las fuentes, los kioscos. Toda decoración volvía al parque un sitio muy hermoso.

—¿Qué dices de Gretel? —interrogó *Lobo*.

—¿A qué te refieres? —Roja no captaba su curiosidad.

—No le caigo bien desde que nos conocimos, piensa que soy un tipo peligroso cuando lo único que he hecho fue ayudarlas —explicó—. Ni me lo ha agradecido.

—Ha pasado por mucho. Perdió a su hermano gemelo a la edad de diez años, no sabe qué le sucedió con exactitud, pero, cuando descubrió la sangre en la ropa de aquella anciana que los alimentaba... —calló, e hizo una mueca con sus labios—. Y cuando nos conocimos, prometió cuidarme, sobre todo de las personas que fueran mayores que nosotras, como tú, que nos llevas tres años de diferencia y te ofreciste a sacarnos de la hambruna sin nada a cambio.

—No fueron las únicas que ayudé —comentó—. Ahora entiendo mejor a tu amiga. Quizás con el tiempo seamos más cercanos. Gracias por darme una oportunidad. —Rodeó con sus brazos a la caperuca y ella le correspondió, sintiendo el calor de sus cuerpos.

Roja tenía más carne a comparación de antes, que estuvo a punto de ser un disfraz de esqueleto para el Día de Brujas...

¿Recuerdan el cuento de Caperucita Roja, donde el lobo se come a Caperucita y a la abuelita? En la primera versión, la nieta se comía los restos de su abuela sin notarlo, por órdenes del lobo, quien estaba disfrazado y reposaba en la cama. Y no existía un cazador para salvar el día. En algunas versiones, después de que nuestra protagonista se comiera a su abuela, el lobo le ordena que se desnudara y se acostara con él, para acabar dentro de su estómago.

Roja y *Lobo*, por primera y única vez, sintieron el roce de sus pieles, el latir de sus corazones, su agitada respiración, la unión de sus labios... La carne sabe mejor cuando está gruesa, caliente y jugosa, ¿no? *Lobo* se

hizo un banquete con Roja, arrancándole primero la yugular, dejando que se vaciara en su boca y garganta, y finalmente comérsela.

Y fue así cómo la caperuza sufrió las consecuencias antes su desobediencia...

¿Y qué fue de Gretel? Ella buscó a su amiga calle por calle, asustada ante su ausencia de hace varios días. Pensó que *Lobo* podía estar involucrado, pues dejó de verlo el mismo día que Roja desapareció. No de nuevo, pensó la castaña al recordar a su gemelo. Si *Lobo* tuvo que ver algo con la caperuza, había dos opciones: *a)* Iría a buscarla a ella también para acabar donde Roja, y *b)* él nunca aparecería.

La segunda opción fue la acertada.

Sola, una vez más.

Pasado los años, Gretel dejó atrás la escobilla para limpiar vidrios, el jabón, los trapos y el balde lleno de agua, y se adentró al reino de la oscuridad para así sobrevivir.

Capítulo 4

Capítulo Cuatro:

El País de las Maravillas

Cumplió los dulce dieciséis años, edad en la que su madre biológica la trajo a la vida, junto a su hermano, sin llegar a conocerla. Formó parte de una pandilla que merodeaba por la ciudad y tenían su guarida en sitios que nadie con clase se atrevería a poner un pie. Los malos hábitos formaron parte de ella; el alcohol y las drogas eran otros de sus vicios. ¿Era feliz con su nueva vida? Sí, definitivamente. Para ella, era como sentirse en casa.

—Gretel —llamó una chica de cabellos negros, vistiendo unos jeans rasgados, zapatillas negras y una remera del mismo color, mangas cortas y con el dibujo de una calavera grabada en la parte del pecho.

—¡Qué onda, Jess! —saludó Gretel, sentada en el suelo mientras fumaba un cigarrillo.

—Ten. —La muchacha le entregó una bolsa que contenía un polvo de color blanco, como la nieve que caía en invierno.

—¿Y qué se supone que es esto? —preguntó la castaña, curiosa, sin dejar de observar el objeto—. ¿Cocaína?

Ésta negó con la cabeza y respondió:

—Le llaman *Blancanieves*.

—¿*Blancanieves*? Vaya nombre para un polvo que es de color blanco como la nieve. —Intentó sonar sarcástica.

—Es como inhalar cocaína —explicó, siendo directa.

—¿Y esto no es lo mismo pero con otro nombre?

—Esta es más fuerte —aseguró, dibujando una sonrisa tonta en sus labios.

Gretel rodó los ojos y apagó su cigarrillo, desparramó un poco del contenido sobre su mano, agarró el sorbete que llevaba consigo y comenzó a inhalar el polvo con su fosa nasal izquierda.

—¡Oh, demonios! —maldijo, a mitad de camino y apretó su nariz—. ¡¿Qué

me diste?! —Guardó lo que le quedó en la bolsa.

—Te dije que es más fuerte.

—¡Santo cielo, Jess! —gimió, adolorida—. ¡Esto arde!

—No seas llorona, ya se te pasará. No te vas a morir —fue burlona e inhaló de *Blancanieves* hasta el fondo—. ¡Oh, sí! Qué bien se siente.

—¡Estás demente! —exclamó. Tomó el pañuelo que guardaba en su bolsillo derecho y sonó su nariz con mucha fuerza, quitando todo el polvo de su interior.

—No sé por qué haces eso —dijo Jess, confundida ante el acto de su compañera—. Un poco de *Blancanieves* ya estará en tu cuerpo.

—No importa. Me quito esta basura de mi fosa nasal. — Hizo un último esfuerzo y limpió su nariz rozando el pañuelo. Suspiró—. Mucho mejor. El ardor ya no es como el infierno. ¿Quién te dio eso?

—*El Mago de Oz* —contestó, esperando a que Gretel captara de quién hablaba.

—¿Dorothy? —Su expresión era una mezcla de asombro y confusión—. Te creo que esté chiflada por crearse un mundo donde sus mejores amigos son un león cobarde, un espantapájaros y un hombre de hojalata, pero ¿que ella tenga esa droga? Apenas sabe dónde está parada esa chica.

—Bien, mentí —confesó la pelinegra—. Fue Félix.

—¿La mano derecha de Boris?

Jess asintió varias veces con la cabeza.

Gretel dejó de lado el tema y sacó otro cigarrillo de su paquete, tomó su mechero y lo encendió, inhaló con fuerza y exhaló por la nariz, dejando salir una nube de humo, como si fuera un dragón. La pelinegra se despidió y la castaña suspiró con pesar, agradecida de estar de nuevo con la paz, contemplando a la Nada.

Su cuerpo quería conocer el significado de Pereza. No visualizaba su entorno, sus párpados pedían cerrarse. Sus labios se abrían poco a poco, a punto de soltar el cigarro que la harían ver como si fuera la misma *Antorcha Humana*...

El estruendo del bote de basura al caer al suelo la espantó, mirando hacia

la derecha.

—Gatos callejeros —musitó molesta, como si fuera una anciana gruñona. Se puso de pie y sacudió la parte trasera de su pantalón—. Deberían de extinguirse.

Giró en dirección contraria y tuvo un sobresalto al toparse con un animal que nunca imaginó ver por estos callejones tan peligrosos.

«¿Un conejo blanco?», pensó. «¿Y en estos lugares?»

Se puso de rodillas y tomó al conejo entre sus brazos, buscó alguna placa que tuviera tallado su nombre y la dirección del dueño, pero, en lugar de eso, encontró un reloj de bolsillo color oro.

—¿Qué haces con esto? —averiguó en voz alta. Observó cada lado del objeto y no había ni una raya, abrió la tapa y sólo se encontró con un reloj en perfectas condiciones y girando sus agujas sin problema alguno—. ¿No tienes dueño?

—¡Señor Conejo! —la dulce voz de una niña captó su atención y miró a los costados, buscándola con la mirada.

El conejo comenzó a moverse de un lado a otro, queriendo escapar de los brazos de Gretel para dirigirse hacia la dirección de aquella voz, mordió su mano y se llevó el reloj que traía consigo; la castaña lo persiguió como si fuera una cazadora, cruzando cada pasillo y cada calle sin detenerse a mirar por dónde iba...

¿Quién hubiera pensado que sufriría lo mismo que su madre, el ser atropellada? Sólo que no acabó en una cama del hospital.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza, llevó sus manos y presionó con fuerza, como si intentara parar esa agonía. Poco a poco el sufrimiento iba desapareciendo. Abrió sus ojos, inclinando su cabeza hacia arriba, y quedó atónita por el loco sitio: los objetos de la casa estaban en el techo.

—Quien construyó esta casa debió de ser un maldito genio —comentó irónicamente. Apoyó sus manos en el suelo, que era puro césped verde bien cuidado con algunas hermosas flores plantadas en él—. Y apasionado por la jardinería...

Se puso de pie y caminó, sin importarle pisar ese bello paisaje. Llegó hasta el final, una pequeña cortina roja estaba instalada en la pared de adelante, a la altura de sus pies, fue hacia ella y la corrió, hallando una diminuta puerta del tamaño de su mano, giró la manija y el fuerte grito de

un hombre le dio un susto de muerte, echándose para atrás de un salto.

—¡Insensible! —exclamó adolorida la puerta.

—Ha-ha-hablaste... —tartamudeó Gretel, señalándolo con su dedo índice.

—¡Claro que hablé! ¿Acaso nunca has visto una puerta parlanchina? —La castaña no supo cómo responder ante eso—. ¿Qué te trae por aquí como para maltratar mi nariz?

—Estoy soñando... Sí, eso es. Estoy en un sueño. —Intentó convencerse a sí misma, pensando que no estaba loca.

—Niña —llamó la puerta—. ¿Quién dijo que esto es un sueño?

—Yo misma —respondió—. Quiero pasar. —Le siguió la corriente.

—Con ese tamaño, lo dudo. Arriba de la mesa hay un frasco —comentó.

—¿Qué mesa? —preguntó Gretel, extrañada.

—Claro que es la que está detrás de ti —explicó—. ¿No la has visto?

La castaña giró un poco la cabeza, y ahí estaba la dicha mesa. Parpadeó un par de veces, sacudió su cabeza y fue hacia ella. Un pequeño frasco de color transparente estaba sobre ésta, lo agarró con su mano derecha y leyó la etiqueta: «Bébeme».

—¿Qué esperas? ¡Bébelo! —ordenó la puerta, impaciente.

La chica hizo caso a la botella, claro está. Su cuerpo comenzó a empequeñecer hasta estar a la estatura necesaria para cruzar aquella molesta puerta. Callada, fue hacia la entrada y volvió a girar la manija...

—¿Por qué no te abres? —interrogó enfadada, girando con más fuerza, lo que le provocaba un gran dolor al sujeto.

—¡Estoy cerrado! ¡Para! ¡Me lastimas!

—¿Me tomas el pelo?! —estalló Gretel. Apartó sus manos y agregó—: ¿Dónde está la llave?

—Si te lo dijera de seguro me romperías —dijo, sintiéndose amenazado antes la mirada asesina de la mujer. La pierna de Gretel se levantaba...—. ¡Al lado del frasco!

—... —Se detuvo y gritó—. ¡Eres un grandísimo estúpido!

Y pateó al parlanchín una y otra vez, cada vez más fuerte. Los gritos de agonía no se hicieron esperar, como si se tratara de un humano que suplicaba por su vida. Rompió la cerradura y consiguió cruzar sin algún otro tipo de estorbo.

Caminó por la Nada. El sitio estaba cubierto de oscuridad, desconociendo si la ruta era segura, o si la llevaría a algún lado. Todo eso le daba igual, lo único que le importaba era buscar la salida de esta locura.

Cayó.

Caía. Caía. Y seguía cayendo. Parecía no tener fin.

De repente, su pecho comenzó a dolerle, como si algo apretara con fuerza su corazón. Su respiración se acortaba más y más.

—¡Gretel! —exclamó la voz de un infante, una que le resultaba ¿conocida?—. Ya casi llegas. ¡Resiste!

A medida bajaba, pequeñas burbujas aparecieron. El olor del océano no tardó en hundir sus fosas nasales... Todo su cuerpo y sus ropas acabaron empapados. El cielo estaba negro, las nubes eran grises, de ellas caía la lluvia y los relámpagos se encargaban de iluminar. El viento soplaba con mucha fuerza, tanto que arrastraría a un árbol y azotaría las aguas. Mala suerte de Gretel el no saber nadar, pero buena suerte de ella el apoyarse sobre un tronco que llegó rápido hacia ella y ver a una isla hacia delante.

—Nada, Gretel —sugirió la voz de antes—. Nada hacia la isla.

¿Cómo pretendía que lo hiciera si nunca aprendió? Aún así, no tenía excusas. O aprendía ahora o le haría una visita a *La Sirenita*.

Moverse entre la tormenta y las olas no era para nada fácil, en más de una ocasión estuvo a punto de soltar el tronco. Nadó, nadó y nadó. Una gran ola la empujó, consiguiendo que liberara el cuerpo del árbol y conociera las profundidades del océano.

—Gretel —llamó de nuevo esa misma voz.

La chica abrió los ojos con pesar. Estaba acostada boca abajo, siendo abrazada por el calor del sol, casi seca. Los granos de arena estaban pegados en su bello rostro, el interior de su boca le molestaba y sabía asqueroso hasta el punto de escupir cada grano. Se puso de rodillas y sacudió todo su cuerpo mientras decía: «¡Asco! ¡Asco!»

Finalmente, se puso de pie y observó su entorno. Acabó en la misma isla que había visto cuando estaba dentro del agua. Ya estoy donde querías, dijo a lo alto, ¿y ahora qué?

Nunca llegó la respuesta.

Al no tener muchas opciones, se armó de valor y se adentró hasta lo más profundo de la isla. Caminó sin rumbo, dejándose llevar por la suerte y por lo que quisiera el destino. Ningún ser vivo habitaba el lugar, lo que la extrañó pero a la vez la alivió, pues no tendría que preocuparse por si se topaba con una bestia salvaje que deseara comérsela. Cuando avanzaba cada vez más, notó que la arena fue reemplazada por césped verde y las palmeras por árboles. Atónita, dudó si continuar el recorrido o regresarse...

—¿Perdida de nuevo, Alicia? —una voz gruesa y masculina la sobresaltó—. ¿Cuántas veces debo decirte que la casa del Sombrerero no es por aquí... —calló.

—¿Quién está ahí? —averiguó Gretel, mirando por todas partes.

—Mira el árbol que tienes a tu derecha y levanta la vista —ordenó el desconocido y la castaña hizo caso.

Un gato de rayas rojas y blancas, como las de una golosina. Ojos verdes como la esmeralda, con una mirada intimidante. Nariz mediana y rosada. Tenía una amplia sonrisa que hacía que sus mejillas casi llegaran hasta los ojos. Se presentó como Gato de Cheshire.

—Pero si no es nada más y nada menos que Gretel Basile —dijo éste, sorprendido al reconocer a su visita.

—¿Basile? —inquirió la joven—. Yo no tengo apellido. ¿Y cómo sabes mi nombre?

—Es lo que crees —ignoró su pregunta, centrándose en el *yo no tengo apellido*—. Dime, ¿qué te trae por estos paisajes?

—La salida —fue directa.

El Gato soltó una risa burlona y comenzó a caminar por el árbol.

—«La salida» —citó—. ¿Crees que es posible encontrar una cuando no la hay?

—La hay —insistió la castaña—. Todo tiene una salida.

—Eso es lo que quieres creer. ¡Oh! —exclamó el animal, como si hubiera descubierto algo—. Ahora que lo mencionas, sí, sí hay una salida. —Volteó a mirarla—. Pero este lugar es la excepción, porque ya estás en la salida.

El cerebro de la chica estalló ante las palabras de su visitante. ¿A qué se refería con *estar en la salida*? Le formuló la pregunta pero éste había desaparecido sin que lo notara.

—¿Qué es este lugar? —pensó en voz alta.

A pesar de ese acontecimiento, prosiguió su caminar, ignorando las últimas palabras del Gato de Cheshire.

La luz del sol se apagaba poco a poco, Gretel perdería el rastro de la senda muy pronto. Apresuró sus pasos. Un poste de luz captó su atención y fue rumbo a él, para encontrarse con una casa construida de dulces en medio del bosque, la cual le provoca una extraña sensación... Miedo. Su estómago rugió, ordenándole acercarse a ella y tocar la puerta (o comerse la casa, ¿por qué no?). Una amable señora abrió la entrada.

—Hola, niña —saludó serena—. ¿Se te ofrece algo?

—Estoy desorientada —contó—. Me preguntaba si usted podía ayudarme.

—Por supuesto. Entra, pequeña. Por las noches, las criaturas salen a cazar y no es seguro que ande vagando a esas horas —explicó y se alejó de la puerta para que la muchacha ingresara a la vivienda.

El interior de la casa también era de golosina: las paredes, el techo, el suelo y las escaleras que conducían al primer piso. Los muebles eran de madera. La anciana la invitó a tomar asiento en el comedor y le ofreció una taza de chocolate caliente y galletas.

—Dime —habló—. ¿Adónde te diriges?

—Quiero irme de aquí, quiero regresar a la ciudad —explicó Gretel, terminando de masticar el trozo de galleta.

—¿Irte? —preguntó extrañada—. Buscas una salida, ¿cierto? —Gretel asintió con la cabeza—. Oh, pequeña. En El País de las Maravillas no existe salida alguna.

La castaña estuvo a punto de escupir la bebida al oír eso, sin embargo, lo tragó rápido y luego tosió.

—Despacio, niña —sugirió la señora, preocupada.

—¿Cómo que no hay salida? ¿Puede explicarme eso?

—Verás, El País de las Maravillas es algo más que un mundo fantástico. Todo aquél que llegue, está condenado a vivir aquí por toda la eternidad. No es ningún sueño, si es lo que piensas.

Gretel se echó a reír; no se creía la explicación que había recibido. ¿No había salida? ¿No era un sueño? ¿Eternidad? ¡¿Qué locuras eran esas?! Al ver la expresión de la dueña, notó que hablaba muy en serio.

—No es posible eso... —musitó.

—Será mejor que descanses —propuso la mujer, levantándose de su asiento—. Te enseñaré tu nuevo dormitorio.

Tal y como ocurrió hace seis años atrás, Gretel pasó la noche en aquella casa. Y esa misma sensación seguía invadiéndola, como si estuviera en peligro.

No durmió en toda la noche. Se movía de aquí para allá en la cama, buscando la posición más cómoda. El aullido de los lobos la intimidaba, pensando que en algún momento haría un hueco en una de las partes de la casa y comerían su carne roja, trozo por trozo. Un escalofrío recorrió su médula espinal. ¡Qué tontería!, dijo la castaña, levantándose de la cama. ¿Lobos comerse primero los dulces para poder entrar? ¡Claro que era una tontería! Abrió la puerta de su dormitorio lentamente, la cerró y bajó las escaleras.

Migajas desparramadas por el suelo del comedor, formando una especie de camino. La curiosidad de Gretel no tardó en activarse y siguió el rastro. Llegó a la cocina, desconcentrándose un momento en la mesa llena de exquisitos bocados, agitó su cabeza y volvió hacia las migajas, las cuales fueron a parar a la habitación del lado derecho... El sótano. A oscuras, bajó escalón por escalón, pisando lo más leve posible debido al rechinado que estos emitían. Llegó al final, encendió las luces y un niño rellenito se encontraba encerrado en una jaula de bronce.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gretel, acercándose.

—¿Gretel? —El niño, con una magdalena en sus manos y la boca llena de chocolate, la reconoció en seguida—. ¡Has venido! —exclamó alegre.

—Shhh —la castaña lo calló—. No alces la voz. ¿Y cómo o de dónde me conoces?

—¿Uh? —El pelinegro reflejó asombro en su mirada—. ¿No me recuerdas?

La joven negó con la cabeza.

—Más tarde hablaremos, ¿sí? Voy a sacarte de a... —fue interrumpida.

—No me salvaste —dijo el pequeño, derramando lágrimas.

—¿De qué hablas? —Gretel estaba más que confundida. ¿Quién era ese chico? ¿De dónde la conocía? ¿Qué relación tiene con ella? Muchas preguntas invadieron su cabeza—. Tienes que salir. —Pero no era el momento ni el lugar para las charlas. Si un niño como él estaba enjaulado en aquella casa, nada bueno representaba.

Le preguntó al niño si sabía dónde estaba la llave y él le dijo que la anciana siempre la llevaba consigo. Maldijo e inspeccionó lo más rápido posible el cuarto, en busca de alguna herramienta que pudiera forcejear la cerradura de la cadena. La puerta del sótano estaba siendo abierta. Su corazón aceleró y comenzó a sudar frío. Le avisó al pequeño que regresaría y se ocultó entre el montón de cajas. Creo que es más que obvio que el enjaulado empezó a llorar debido al miedo. La anciana terminó de bajar y se dirigió hacia la jaula, sacó del bolsillo de su delantal las llaves y sacó a su encarcelado para llevárselo hacia la cocina. Gretel salió de su escondite, tomó la herramienta que había sentido con su mano izquierda y apresuró sus pasos.

Se asomó con cuidado hacia la cocina, y ahí estaban los dos. La arrugada señora estaba peleando con el horno al no poder avivar el fuego con la leña que iba usando, así que aprovechó ese momento para acercarse a ella e insertarle un golpe seco con la herramienta directo a la cabeza, haciendo que llevara sus manos a la herida y gritara de dolor, Gretel la empujó dentro del horno y la encerró allí al notar la fuerza del calor. La bruja suplicaba piedad entre jadeos y gritos de agonía. Liberó al niño de las cuerdas y juntos escaparon por el bosque.

Al dejar muy atrás la casa, Gretel entabló conversación con el pelinegro, quien no paraba de inhalar y exhalar aire.

—Me... sa-sa-salvaste... —dijo el niño, aún exhausto—. Gra-cias. Pero... ¿por qué?

¿Por qué lo salvó? Ni ella lo entendía a la perfección; sin embargo, algo muy dentro suyo le gritaba que lo rescatara de las garras de aquella anciana. ¿Cuál fue la razón de sus acciones? ¿Miedo? ¿Compasión? ¿Qué?

—¿Quién eres? —interrogó la castaña.

—Hansel —contestó—. ¿No me reconoces?

«Hansel» ¿Por qué sentía una enorme tristeza y rabia al oír ese nombre? ¿Qué significaba para ella? ¿Por qué no lo recuerda?

—Soy tu hermano —explicó el niño, al notar la expresión de su salvadora.

Hermano... Sí, tuvo un hermano, a quien no volvió a ver desde aquél acontecimiento. Sí, él era puro huesos y terminó con la barriga llena. Sí, el mismo que se rehusaba en hacerle caso a su hermana cuando le pedía dejar de comer de más. Sí, el mismo hermano que fue asesinado por esa malvada bruja.

Un nudo se formó en su garganta. Sus ojos se inundaron y humedecieron sus mejillas, tanto que ambos se pusieron colorados. Sus labios hicieron muecas, reteniendo sus gritos. Su respiración era densa. ¿Por qué había olvidado a su gemelo? ¿Por sentirse culpable de no haber podido protegerlo? ¿Sentirse culpable de su muerte? Se arrodilló para estar a su altura y lo aprisionó en sus brazos, en un fuerte y protector abrazo.

—Lo siento, lo siento —repitió una y otra vez la castaña—. No quería perderte. Yo... yo no jamás pensé que el destino nos separaría —su voz se quebró y sus lágrimas parecían una cascada—. Yo te amo, Hansel. Eras la única familia que tenía.

—Ahora me salvaste, Gretel. —Le correspondió el abrazo—. Ya todo está bien. Volvemos a estar juntos.

—Por toda la eternidad —añadió una voz masculina, ronroneando—. Salvaste a tu parte gemela. ¡Bien hecho!

Gretel miró hacia el árbol que estaba detrás de Hansel.

—El Gato de Cheshire —nombró, no muy contenta de verlo—. ¿Qué quieres?

—Ver qué tal te iba por estos lugares —confesó, conservando esa enorme sonrisa. Bajó de la rama y se acercó a ellos—. ¿No has notado algo extraño?

—¿Extraño? Todo este sitio es extraño.

—¿Hermana? ¿Con quién hablas? —inquirió Hansel, alejándose un poco de ella para mirarla.

—Con el gato parlanchín —respondió—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Gato? —El niño miró a su alrededor—. ¿Cuál gato? No veo nada.

Había una razón por la cual Hansel no podía ver a El Gato de Cheshire, razón que Gretel conocería dentro de unos minutos; su hermano no era más que un recuerdo perdido. Por eso no lo reconoció cuando lo encontró en el sótano hasta que este le dijo su nombre.

El Gato de Cheshire traspasó a Hansel a propósito.

—No puede verme y tampoco puede sentirme, Gretel Basile —explicó el animal de rayas rojas y blancas—. En el País de las Maravillas, tu hermano no es más que un recuerdo que has perdido. ¿Por qué crees que no lo ubicabas hasta que te dio a conocer su nombre? Sé cosas que tú no, pequeña.

La imagen de Hansel se desvaneció poco a poco y Gretel se abalanzó hacia él para detener su ida, pero no fue más que un intento torpe. Nuevamente rompió en llantos y gritó su nombre.

—¡Regrésamelo! ¡Devuélveme a mi hermano! —Cayó en seco al césped tras atrapar al animal, el cual ahora se encontraba sobre la rama de un árbol.

—Oh, Gretel. Hay tanto que contarte —dijo con total calma—. Fuiste concebida en el seno de una joven de tu misma edad, hermosa, educada y rica. Esta chica sufrió un accidente que la condujo al sueño eterno, y tu padre, el doctor que tenía como tarea cuidarla, aprovechó para implantar aquella semilla que daría vida a dos hermosos pétalos de flor. La madre falleció días después de dar a luz, y como sus abuelos no querían tener bajo el mismo techo a dos inocentes bebés por el simple hecho de desconocer su existir, los dieron en adopción antes que dejarlos tirados en un bote de basura.

—¿Qué? —La expresión de Gretel reflejó miedo, confusión y tristeza.

El Gato de Cheshire prosiguió.

—Diez años más tarde, fueron adoptados por una familia de bien, nada les faltó... Hasta que cayeron en la pobreza — calló, al notar que la castaña presionaba sus puños tras recordar la injusticia de las personas que una vez llamó «mamá» y «papá». Fue directo a la casa de la anciana—. Una dulce anciana cuidó de los niños, dándoles de comer y dándoles buena ropa. Pero una madrugada, casi amaneciendo, el pequeño Hansel acompañó a la anciana a petición suya. Oh, sus desgarradores gritos, el dolor y la agonía que lo invadieron cuando los dos secuaces le abrieron el estómago y le arrancaron sus viseras aún estando consciente. Incluso gritaba el nombre de su hermana con la esperanza de ser rescatado: «¡Gretel! ¡Gretel! ¡Ayúdame! ¡Hermana!» —imitó la voz de su hermano.

Gretel le suplicó que se detuviera, tapando sus oídos con las palmas de sus manos y arrancando sus cabellos con sus dedos.

El Gato de Cheshire prosiguió.

—¡Cómo olvidarnos de tu querida amiga Roja! —exclamó con gozo—. Muerta de hambre como tú. De no haber sido por *Lobo*, posiblemente tú habrías muerto junto con ella por la hambruna. Lástima que *Caperucita Roja* conoció el placer y la muerte con el mismo hombre.

—¡Ya cierra la boca! —gritó a los cuatro vientos.

El Gato de Cheshire prosiguió.

—La delincuencia era tu única vía de supervivencia en un mundo tan cruel. Conociste a un grupo de pandilleros y te adentraste a las drogas y el alcohol, dándote igual si el día de mañana morirías o continuarías respirando. ¿Quieres saber cómo perdiste el recuerdo de tu hermano y el de tu amiga?

Gretel negó constantemente la cabeza.

—La culpa —respondió el animal—. Te sientes tan responsable de sus muertes que, sin darte cuenta, los borraste de tu memoria. Mejor olvidar que sufrir, ¿cierto? Aunque no fue lo único que «olvidaste» —hizo énfasis en la última palabra—. Seamos sinceros, Gretel, no eres una chica buena como crees. El reino de las tinieblas se ha adentrado en ti, pues dejaste de robar para tu bien.

—¿Y ahora qué demonios estás diciendo? —La muchacha no tenía un buen aspecto. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, sus cabellos revueltos y su voz afónica.

—¡Vamos, Gretel! Aplicaste lo de *Barba Azul*; asesinaste a aquellos que no te obedecían, derramaste su sangre por tu egoísmo y capricho. También aplicaste lo de *Jack y las habichuelas mágicas*; eres alguien que desea tener lo más valioso, dándote igual si lo necesitabas o no y dándote igual a quién le robabas.

—¡No es verdad! ¡No soy una asesina! ¡No soy una ladrona! ¡Yo no le he hecho mal a nadie que no conociera!

—Es lo que la gente como tú dice, querida —aclaró. Desvaneció su cuerpo, dejando solamente sus ojos esmeraldas y su gran sonrisa—. ¡Bienvenida al País de las Maravillas, Gretel Basile! —Y se esfumó, dejando a la pobre chica adolorida, confundida, histérica...

Los doctores no pudieron hacer nada. La droga y el alcohol se encargaron de debilitar su cuerpo días tras días. Por más que la desintoxicaran, ya era demasiado tarde. Gretel no volvió a ver la luz del sol.

Dicen que el autor de *Alicia en el País de las Maravillas* era un «pedófilo reprimido» tras descubrir que éste poseía un retrato de la hermana de Alice, Lorina, completamente desnuda. Hay quienes afirman que, en el siglo diecinueve, tener el retrato de una niña enseñando su detallado cuerpo, era considerado como una imagen inocente; otros, consideran a Lewis Carroll como alguien pedófilo, puesto que era muy cercano a las niñas, sobre todo a Alice, de quien no se niega que haya sido su musa a la hora de escribir la historia y quien le pidió que la terminara luego de leer un borrador que él le entregó. No se descarta en lo absoluto que Lewis sentía mucho aprecio hacia Alice, tanto que, pudo haberse enamorado de ella, pero nunca cruzó los límites. Incluso, la biznieta de la misma Alice ha dicho que consideraba al autor como un hombre extraño, mas no pedófilo. Tal parece que esta leyenda lo acompañará por los siglos de los siglos.

Capítulo 5

Capítulo Cinco

La Bella y la Bestia

Llevo días encerrada en este calabozo. Quiero irme a casa. ¿Por qué me quieren? ¿Por dinero? No me cabe la menor duda, siempre es por dinero. Pero ¿por qué justo yo? Tengo miedo, temo por mi vida. ¡Quiero irme de este maldito lugar!

Recuerdo haber salido de la universidad, en horario nocturno, iba rumbo a casa y de la nada unos hombres me amarran con sus brazos y me tapan la boca y la nariz con un pañuelo que contenía somnífero. En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba en una celda, húmeda, fría y solitaria. Estuve varias horas gritando, dándome igual si acababa muda, y golpeando las rejas con todas mis fuerzas, creyendo que así podría romperlas como *El Increíble Hulk*. Unos pasos hicieron eco en todo el lugar, provocándome un escalofrío en toda mi médula espinal y finalmente erizarme por completo la piel; caminé hacia atrás, sin apartar la mirada del pasillo, hasta chocar contra la pared. Un hombre de estatura alta, aspecto de cincuenta años, con barba y cabellos cortos canosos, vistiendo ropa casual, ingresó a mi cautiverio, se acercó a mí y comencé a sentirme acorralada hasta el punto de entrar en un ataque de pánico y rogarle que me dejara tranquila y no me tocara. Creyendo que me lastimaría en ese preciso momento, me agarró del brazo derecho con fuerza y me arrastró con él hacia afuera, mientras forcejeaba y gritaba que me soltara, pero todo era en vano. Llegamos a una especie de Sala y me ató a una silla, cerca de una mesa con un celular. El desconocido hizo una llamada desde el móvil, a mi propia familia, pidiendo millones para mi rescate, confirmándoles que su propia hija estaba con él al pasarme el celular para darles una señal de vida, mientras lloraba.

Pasados los días, mi secuestrador me convirtió en su sirvienta en lo que esperaba los billetes verdes. Por si no fuera suficiente, tenía que soportar las burlas de sus secuaces, ver cómo era humillada mientras reía con ellos. En otras palabras, era su juguete. La comida no tenía un buen aspecto y tampoco un olor y sabor agradable, pero tenía que acostumbrarme, o moriría de hambre... o por intoxicación.

Extrañaba ver los rayos del sol, el aroma de lo verde y la hermosa brisa de la primavera. También extrañaba la molesta presencia de Gastón, quien no paraba de buscarme para hablarme, al menos eso no me hacía sentir sola. Extrañaba a mi familia; mi padre y mis dos hermanas. ¡Dios! ¡Cuánto los necesito!

No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado, de seguro meses como para que aquí abajo bajara la temperatura. Al menos el desconocido me entregó varias mantas gruesas para protegerme del frío, pero yo quería algo más que unas simples mantas... Incluso, me dirían loca si dijera a los cuatro vientos qué era.

Continuaba con mi labor de sirvienta, y con ellos, burlas tras otra, pero ya me había acostumbrado. Me daba igual tener que hacer el aseo, limpiar sus ropas y cocinarles, siempre y cuando eso me ayudara a conservar mi vida. También me daba igual que me arrojaran cosas o comida encima, al cabo que yo era la de la limpieza.

Ha pasado un año y siete meses de mi secuestro, no tenía noticia de mi familia, del dinero. Por un momento, llegué a pensar que se habían olvidado de mí, pero me negaba mil veces esa idea. Son mi familia y jamás me dejarían a mi suerte. ¡Nunca lo harían! Y no sólo eso me estaba asustando... El pecho me dolía mucho y mi cuerpo temblaba como gelatina cuando mi secuestrador venía a buscarme para hacer de sirvienta una vez más; la vestimenta que me entregó era provocativa, y me rehusaba a ponérmela, hasta que me amenazó con matarme en ese instante y el miedo me ganó. Como era de esperarse, él y sus secuaces comenzaron a lanzarme todo tipo de piropos sobre mi vestuario, más de uno me manoseó. ¿Qué hice? Tristemente no hice nada más que llorar cuando por fin estaba sola.

De repente, una noche cualquiera, no dejaba de pensar en ese asqueroso individuo, su apariencia y esas palabras que me dijo cuando estaba con ellos. Ni siquiera me hizo daño más que espantarme, ahora que recuerdo... Me sentía extraña, y no comprendía por qué. Descubriría eso en cuatro noches, cuando él iría a mi calabozo, me despojaría de mis ropas y ambos sentiríamos el calor del otro. No había duda, él me quería y yo lo quería a él. ¡No! ¡Él me amaba y yo lo amaba a él! ¡Es muy obvio! Ya ha demostrado mucho como para estar muy segura de ello.

Pasados los meses, él y yo mantuvimos encuentros íntimos noche tras noche. Lástima que esto se acabó cuando la policía los localizó y se los llevaron a prisión y a mí a casa. Estaba muy feliz de volver a ver a mi familia, pero me sentía vacía al no tener a mi amado cerca. Y cuando llegó el día del juicio, intenté defenderlo a como dé lugar, pero todos en el juzgado me tomaban por loca... Terminé en un psiquiátrico debido a que mi cabeza tenía un trastorno; me diagnosticaron Síndrome de Estocolmo... ¡¿Y yo soy la loca?! ¡Nos amamos! ¡¿Por qué no lo entienden?! ¡¿Por qué nadie entiende lo que sentimos el uno hacia el otro?!

Capítulo 6

Capítulo Seis

La Sirenita

Nunca imaginé que Cupido apuntaría su flecha hacia esa persona. ¿Por qué a ella y no a otra? Y gracias a eso, mi interés creció más y más. ¿Por qué?

Todo comenzó en un pequeño bar, ubicado en la playa, era el cumpleaños de alguien, definitivamente, pero desconocía el nombre y su apariencia. La fiesta transcurría con normalidad, y eso lo podíamos ver aquellos que no teníamos invitación. De repente, el olor a quemado y los gritos de auxilio aparecieron; el bar estaba en llamas. Llamamos a la estación de bomberos, los cuales no tardaron mucho en llegar mientras intentábamos ayudar a las víctimas que iban saliendo del establecimiento. Sin embargo, faltaba alguien, y era el cumpleañosero; fui a su rescate sin pensarlo dos veces, mi cuerpo actuó como si fuera una marioneta.

El calor era intenso como el de un horno. La nube de humo era muy espesa, limitándome la vista y dañando mis pulmones. El sitio se venía abajo y tuve que ser veloz e ir con cuidado. Vi a alguien bajo los escombros, pidiendo ayuda, fui hasta él y lo saqué de ahí mismo hasta llevarlo a la salida y dejarlo con los médicos que habían llegado minutos después de los bomberos.

Al día siguiente, los noticieros hablaron de lo ocurrido en la playa, cada uno tenía su versión, como siempre ocurría con estos medios. Apagué la televisión y me dispuse a leer un libro que escogí al azar, hasta caer en los brazos de Morfeo.

Lo más extraño que pudo haberme pasado fue soñar con aquella persona que salvé del incendio. ¿Razón? No tengo ninguna. Ni siquiera me interesaba conocerlo más que saber que estaba bien. Y no sólo fue una vez que volví a verla en sueños.

Los días pasaron como cualquier otro. Decidí aprovechar mi día libre en ir al parque a tomar aire fresco después del duro trabajo. Por cosas del destino o casualidades de la vida, me topé con la misma persona, sentada en un banco leyendo el periódico. No sabía si acercarme o continuar mi camino; opté por la primera opción.

—Buenos días —saludé amablemente.

—Buenos días —imitó, despegando la vista del papel—. ¿Te conozco de alguna parte? Me resultas familiar.

—Sí. Yo fui quien te salvó en el incendio, quería saber cómo te encontrabas —expliqué, manteniendo la calma.

—Aún respiro, gracias a ti. —Sonrió y se puso de pie—. Muchas gracias por salvarme. —Estrechó su mano y le correspondí—. Mi nombre es Charlie, por cierto —se presentó.

—Yo soy Andrea —hice lo mismo.

Conversamos toda la mañana. Y por lo que pude notar, esta persona no parecía ser alguien ordinaria a juzgar por la vestimenta que llevaba puesta, pero no era suficiente como para llegar a esa conclusión. De cualquier modo, eso poco me importaba. Alguien llamó desde su celular, ordenándole que se dirigiera a la oficina para solucionar un problema. Por mi parte, tenía que visitar a mi madre, se lo había prometido hacía ya un mes. Nos despedimos, no sin antes darme su número por si necesitaba algo para devolverme el favor o para encontrarnos en alguna otra ocasión. Lógicamente hice lo mismo.

Las semanas fueron pasando y no volví a saber nada de aquella persona. Tenía pensado en agarrar mi celular y marcarle para saber cómo se encontraba o para vernos... ¿Para qué? Exagero. Sólo le salvé la vida, no es como si me interesara...

—¿Diga? —Atendí mi celular una vez que sonó, sin fijarme quién era el emisor.

—¿Andrea?

—¿Qué haces llamando a estas horas de la noche, Charlie? —Reconocí la voz enseguida

—Te oyes como si hubieras echado agua fría en tu cara para no dormir —dijo divertido—. Quería saber si te interesaba reunirnos en un bar a beber algo, si es que no tienes mucho trabajo.

—Por supuesto. Salgo del trabajo a las cinco y media de la tarde.

—Perfecto. Te recogeré cerca de las siete, ¿te parece?

—Claro —aseguré—. Llámame cuando estés cerca.

—Tenlo por seguro. Bien, que pases una buena noche y amanezcas con

ganas. Te cuidas.

Ambos nos despedimos y corté la llamada.

Es extraño. ¿Es normal que la persona que apenas conoces te invite a tomar algo? Puede que sea una oportunidad para conocernos mejor, pero ¿esto no va algo rápido? Al menos yo lo veo de ese modo. Quizás esté exagerando. Después de todo, son unos tragos... Sí, exagero.

¿Qué decir? Cuando dijo «bar» pensé en un lugar tranquilo, no en una especie de discoteca. No me puedo quejar, quien interpretó otra cosa fui yo... Esta persona tampoco fue específica.

En fin, ya estábamos dentro. Fuimos a la barra, tomamos asiento y cada uno pidió su bebida. El volumen de la música era fuerte, tanto que apostaría que los vidrios del edificio estaban temblando. Las luces se encendían y apagaban rápidamente y eran de diferentes colores. Había personas bailando; otras ahogándose en alcohol.

—¿Agradable sitio? —preguntó Charlie, alzando la voz para que escuchara.

—¡Sí! —afirmé.

—¿No eres de venir aquí? —interrogó, al ver mi expresión.

—Lo cierto es que no —respondí—. Prefiero algo más calmado.

—Lo siento. Debí preguntarte antes. —Llevó su mano derecha a su nuca y rió.

Nuestros pedidos llegaron y...

—¿Por qué brindamos? —inquirí.

—¿Por estar aquí? —respondió con una pregunta—. Sí. Brindemos por estar aquí.

—Por estar aquí, entonces —dije.

Chocamos nuestros vasos y bebimos. No acostumbro mucho a ingerir alcohol fuerte por lo que pedí algo suave. En cambio Charlie, es todo lo contrario.

Para iniciar otra conversación, Charlie me hizo preguntas tras otra para conocernos el uno y el otro. A qué nos dedicábamos, qué nos gustaba hacer, cómo íbamos en la vida, alguna relación amorosa (yo era la persona menos indicada para tratar ese tema), amistades... Preguntas que

cualquiera haría para intentar entablar charla. Por lo que Charlie me contó, era alguien responsable en su labor y ganaba lo necesario para mantenerse; mientras que por mi parte, ganaba lo suficiente como para comprar comida, ropa y pagar los impuestos. No convivía nadie, adoraba la paz en su casa; yo compartía el apartamento con una amiga que no veía mucho debido a la diferencia horaria de nuestros respectivos trabajos. En relación amorosa... No he estado con nadie, es complicado en cuanto a mi situación. Charlie, sin embargo, ha tenido una que otra pareja, pero las cosas no funcionaban como quería.

Entre tanto diálogo, decidimos ir a la pista de baile, junto con los desconocidos. Ninguno de los dos bailaba mal, íbamos al compás de la música o nos alocábamos.

Era muy de noche y teníamos que regresar a casa... Más bien, yo era quien debía irse porque entraba a las seis y media de la mañana al trabajo; Charlie me hizo el favor de llevarme.

De nuevo pasaron varios días sin saber nada del otro. Bueno, exagero. Nos mandábamos mensajes en *WhatsApp* pero no volvimos a vernos personalmente por un tiempo. Algo es algo, supongo.

Al cabo de tres años, nuestros horarios por fin se acomodaron y pudimos reunirnos más seguido a comparación de antes, que nos veíamos en nuestros días libres y los fines de semana. Pero algo había cambiado dentro de mí. Mariposas aleteaban dentro de mi estómago, la sangre subía a mis mejillas, mi garganta tenía un nudo cada vez que intentaba hablar, y mi cabeza fantaseaba más de lo normal. Esto sólo ocurría cuando estaba con Charlie...

¿Alguien como yo confesándose? ¡Qué tontería! Ya estoy fantaseando con los ojos abiertos, demasiado. Son sólo los nervios... Nervios que no aparecieron cuando conocí a la persona que salvé. Claro, tiene lógica que justo ahora me comporte de este modo. Tiene mucho sentido. ¡Claro que tiene mucho sentido! ¡Por supuesto que tiene mucho pero mucho sentido! Es una tontería... ¿Por qué Charlie? ¿En serio tenía que ser justo Charlie? Entre las millones de personas que habitan este país, ¿tenía que ser precisamente *ESTA* persona? Como si fuera fácil decirlo... Tardé otro año para contárselo, lo primero que me vino a la mente fue el rechazo y luego el ignorarme. ¡Es una locura! Y no tenía culpa si lo hiciera, para nada. Suena descabellado...

No me rechazó y tampoco me ignoró. Al contrario; fue mi primera pareja. Me costó creerlo por un par de días, pues era algo imposible de creer... O eso pensaba al ser mi primera vez y supuse que era normal sentirse de este modo.

Conforme pasaba el tiempo, las cosas estaban yendo muy bien. Lo que sí me incomodaba era la mirada de los desconocidos cuando paseábamos en algún sitio, o cuando salíamos a cenar a algún restaurante. ¿Es malo salir con alguien que viste mejor que tú? No, no creo que sea por eso. ¿Será por la estatura? No, eso sería lo de menos. ¿Mi aspecto? Bah, eso sería una ridiculez. Como sea, no era de mi agrado el cómo nos miraban, como si fuéramos unos fenómenos. Aunque a Charlie parecía darle igual, y es cuando me dijo:

—Ignóralos.

Y eso fue lo que hice.

Al cabo de un tiempo, me mudé con Charlie. Costó mucho hacerlo, pero aquí estamos. ¡Vaya! Se siente extraño y hermoso estar bajo el mismo techo con la persona que amas. Y no sólo eso; despertar, comer y dormir con esa misma persona. También compartir momentos de entretenimiento y de lo que nos gusta y disgusta sin la necesidad de un aparato móvil o de un encuentro. Todo en un mismo lugar, todos los días y todas las noches.

Lamentablemente no todo era de color rosa. Los problemas comenzaron cuando las personas nos llamaron la atención en más de una ocasión, y Charlie peleó con ellos tras colmarle la paciencia por reclamarnos por cosas tan naturales. ¿En verdad les molesta? Todo el mundo hace lo mismo que nosotros hacemos, ¿dónde está lo malo? Estos acontecimientos conllevan a que ambos discutiéramos sobre el tema, y calmar a Charlie no era para nada fácil. Siempre creí que era una persona tranquila, pero conocí a su mal genio gracias a esa gente; me hubiera gustado nunca conocer ese lado suyo, pues siempre era yo quien terminaba mal.

Un día le hablé a Charlie sobre casarnos (llevábamos muchos años juntos, después de todo) y me dio como respuesta:

—El matrimonio no es más que algo económico.

—¿Eh?

—Para casarte en una iglesia, que es lo que quieres, tienes que pagar con dinero, y la suma es mucha. Nunca te lo dije, pero, jamás me ha gustado la idea de pagar para poder estar con la persona que amo. En parte, lo veo como una especie de aprovechamiento.

—¿Y la otra parte? —inquirí.

—Los invitados —fue al grano—. También pagas para alimentar unas cuantas bocas y les das diversión a quienes de seguro poco les importas. Excluyendo a nuestras familias de ese grupo, que aceptaron nuestra unión

tras muchos problemas. Además, esto de que nos casemos va a traer revuelo, y lo sabes perfectamente.

—Y prefieres evitar eso a que empeore más de lo que ya está —dije—. ¿Me equivoco?

—Estás en lo correcto. Mira, no es que vea tu propuesta como algo absurdo, no. Me parece un hermoso gesto de tu parte, pero ¿crees que es necesario? Quiero decir, estamos aquí juntos, ¿verdad? —Asentí—. Hacemos lo que queremos, ¿cierto? —Nuevamente asentí—. No quiero hacerte sentir mal por...

—Descuida. —Sonreí—. Tienes razón. Ya está hecho lo que tanto deseábamos.

Las cosas fueron de mal en peor. Dondequiera que fuéramos, siempre nos reclamaban por algo absurdo y Charlie acababa perdiendo la paciencia hasta el punto de pelear. Cuando intentaba detenerlos, o me ignoraban o alguien me detenía para que el *Show* continuara. ¿Y la policía? No hacía absolutamente nada o ni siquiera aparecía.

Por culpa de la sociedad, terminábamos peleando mucho más fuerte que antes. Llegué a creer que nos separaríamos, veía a Charlie como una persona incómoda teniéndome a su lado.

—Por esto salía con mi sexo opuesto—comentó de repente.

—¿Disculpa? —dije con total confusión.

—Qué más da donde vayamos, siempre es la misma porquería. —Arrojó un florero a lo lejos, estrellándolo contra una de las paredes de la casa.

—¡Cálmate! —exclamé—. ¿En serio vas a tomarle importancia a gente como esa?

—¿No lo entiendes?! —alzó el tono de voz—. ¡Nunca nos dejarán en paz! ¡Ellos pueden vivir felices sin que nadie les diga absolutamente nada! ¿Por qué se nos tiene que juzgar? ¡¿Por qué?! Respóndeme eso, Andrea. ¡¿Por qué?!

—¿Y tú crees que sé la respuesta?! Te diría que es por asco, ¡pero es una completa estupidez!

—¡Exactamente! —Sonrió mostrando sus dientes, como si yo hubiera hallado un tesoro—. Esa es la respuesta: Asco. Por más que seamos personas como ellos, les tendremos asco por no hacer lo mismo que ellos

hacen: Hombre y mujer. Así es su ley. ¿Ahora lo entiendes?

Negué con la cabeza.

—Sigue siendo una estupidez. ¿Por qué tenemos que ser todos iguales en ese sentido? ¿Acaso tenemos los mismos gustos? No. ¿Acaso les hacemos mal a ellos? ¡No! Jamás les hemos dicho nada. ¡Nada! Lo único que queremos es vivir felices, tal y como ellos lo son. ¿Qué les molesta?

—Sigues sin entenderlo. No tienen ninguna justificación para tratarnos de este modo. Sólo... sólo les damos asco. ¿Entiendes? Les da asco que una persona esté con alguien de su mismo sexo por más que se amen, y esto lleva desde hace años. Les da asco ver una pareja homosexual y no heterosexual. Les da asco que no seamos como ellos. No he conocido a una sola persona que me diga una respuesta lógica de su malestar. La sociedad está llena de odio, de asco, de hipócritas... ¡La sociedad está más que podrida!

—Entonces vayámonos de este país —propuse—. Podemos comenzar de cero, sin que un individuo nos reclame.

—En todos lados es lo mismo. Será mejor que cada cual tome su camino.

—¿Me estás dejando? ¿En serio vas a hacer eso por culpa de estos infelices?

—Ya me hartaron, eso es lo que ocurre. También me harta que la persona que amo, con quien quiero ser feliz y quiero hacerla feliz todos los días y todas las noches, salga perjudicada. Salía con mi otro sexo por culpa de esta gente, ¿y qué crees? Nadie me decía nada. Tampoco mis padres, hasta que me aceptaron tal y como soy cuando les conté. Tú tuviste la maravillosa suerte de tener una familia que te amara tal y como eres. Puedes quedarte con la casa; yo iré a un apartamento por quién sabe cuánto tiempo.

—¿Es una broma? ¡Me rehúso! ¡No es no! No voy a dejar que cruces esa puerta. —Me puse en medio de la salida.

—Hay días en los que te veo como infante cuando te compartas de ese modo —dijo. Se acercó a mí y me abrazó—. Confío en que lo entiendes a la perfección. No quieres que nos separemos que es diferente.

—¡Idiota! —Le correspondí, derramando lágrimas.

Así como aquellas parejas conformadas por un hombre y una mujer se separan, pasamos por lo mismo siendo del mismo sexo. Pasamos lo mismo que cualquiera. ¿Dónde está la diferencia? ¿En la orientación

sexual? ¿Esa es la diferencia? Me dan pena si es así.

¿Por qué somos juzgados? ¿Qué es lo que hacemos mal?

Así como hombre y mujer pueden estar juntos sin que nadie los reproche, ¿por qué personas del mismo sexo no?

¿Por qué el asco? Eso jamás lo entendí. Es una relación amorosa como cualquier otra. Hay besos, abrazos, citas, diversión, pasión... ¿Todo eso no lo podemos hacer?

La sociedad me da asco. ¿Por qué? Es más fácil juzgar a todo aquel que sea diferente sin detenerse a pensar un momento quién está mal. De hecho... ¿Quién está mal aquí? ¿El que es diferente? O ¿El que juzga? Shakespeare dijo una vez «Juzgar a otro es juzgarse a uno mismo».

Si has llegado al final de este capítulo pensando que se trataba de la típica pareja heterosexual para después darte cuenta que es todo lo contrario, es porque tu servidora (la autora) está intentando plasmar su ideología, la libertad de decidir el camino que tomar y con quién compartirlo. Si eres de los que piensan que este mundo sólo puede ser para los heterosexuales, entonces no has aprendido nada de esta historia; por el contrario, si eres de los que comparten su ideología, seguro te sorprendió y encantó el final.